



XVIII CONCURSO DE CUENTOS “CIUDAD DE MARBELLA”







XVIII CONCURSO DE CUENTOS
“CIUDAD DE MARBELLA”



INDICE

INTRODUCCIÓN	5
ACTA DEL JURADO	7
PRIMER PREMIO (CONCEDIDO EX AEQUO) “LOS NIÑOS PIENSAN QUE SOY UN POCO BOBO” Autor: Antonio Palomares Blázquez	11
PRIMER PREMIO (CONCEDIDO EX AEQUO) “HÁGASE TU VOLUNTAD” Autora: Susana García López	21
PREMIO CUENTO INFANTIL “EL CHICHÓN DE LA LUNA” Autora: Concha Fernández González	31

INTRODUCCIÓN

“El Concurso de Cuentos Ciudad de Marbella” es un certamen literario que persigue además de la promoción de la literatura y los autores que la generan, fomentar una imagen de Marbella ligada a la cultura, bien alejada de la frivolidad que frecuentemente se ha querido divulgar como aspecto monopolístico de la ciudad. Con esta idea la denominación recayó en la propia ciudad de Marbella. Aunque en la denominación del Concurso no se incluye la palabra internacional la realidad confiere esa cualidad al certamen porque los originales llegan desde muy variados países y de diferentes continentes. Se comprueba con los cuentos enviados desde los países americanos de habla española la enorme variedad expresiva, la riqueza de vocabulario y la sintaxis que posee el pueblo español.

Actualmente es el único certamen literario con proyección nacional e internacional que permanece. Mucho tiempo hace que desaparecieron otras convocatorias que habían alcanzado prestigio como el premio de novela ciudad de Marbella y el premio de poesía Rey Juan Carlos.

En estos últimos años son varios cientos de originales que llegan, lo que supone un prolongado periodo de lectura y sucesivas selecciones hasta que quedan los finalistas entre los que debe alcanzarse el Consenso sobre los ganadores.

La verdadera preocupación del jurado debe ser elegir realmente los mejores si bien generalmente resulta difícil porque se presentan trabajos de gran calidad. Evidentemente también hay otros muchos que no alcanzan el mínimo esperado pero que, en cualquier caso, son intentos dignos de una faceta que siempre enriquece al ser humano como es la creación literaria.

ACTA DEL JURADO

Por el Jurado del XVIII Concurso de Cuentos “Ciudad de Marbella” integrado por:

Presidente:

- D. Constantino Mediavilla Fernández, Presidente APEI-PTRVI

Vocales:

- D. Francisco Moyano Puertas, Vicepresidente 1º de la Fundación

- D. José Manuel Bermudo Bonilla, Patrono de la Fundación

- D^a Ana M^a Mata Lara, historiadora y escritora

- D. José Luis Agra López, lector y autor.

Una vez examinados los 614 cuentos presentados y después de la consiguiente deliberación y de conformidad a la tabla de calificación final, se acordó el fallo del certamen literario, determinando:

• Como ganadores del Primer Premio, concedido ex aequo, los cuentos:

***“HÁGASE TU VOLUNTAD” y
“LOS NIÑOS PIENSAN QUE SOY UN POCO BOBO”***

• Y como ganador del Premio Cuento Infantil, al titulado:

“EL CHICHÓN DE LA LUNA”

Tras el fallo del Jurado se procedió a la apertura de los sobres correspondientes a los cuentos ganadores, se comprobó que cumplían los requisitos de las bases publicadas y resultaron ser los premiados los siguientes:

• Ganadores, ex aequo, del Primer Premio, con una dotación de 5.000€, a repartir:

- D. Jose Antonio Palomares Blázquez

- D^a Susana García López

• Ganador Premio Cuento Infantil, con una dotación de 2.000€:

- D^a Concepción Fernández González

**“LOS NIÑOS PIENSAN QUE SOY
UN POCO BOBO”**

Autor: Jose Antonio Palomares Blázquez

Los niños piensan que soy un poco bobo; yo dejo que crean que me están engañando. Me ven como un viejo incapaz de enterarse de lo que sucede en clase: el profesor bonachón al que se le puede tomar el pelo. Los veo reírse en cada principio de curso cuando descubren que mis gafas son de culo de vaso, que mi jersey luce a menudo manchas como medallas de guerra y que llevo audífono. Les parezco inofensivo. Una diana de la que burlarse. En el colegio me llaman “el Topo” desde hace muchos años, porque los topos ni ven ni oyen.

Pero yo me entero de todo lo que sucede en clase.

Sé quién se lleva bien con otro. Y quién se lleva mal. Quienes serán amigos para siempre, o al menos hasta que acabe el curso. Conozco los pequeños grupos que se forman, algunos abiertos y otros cerrados. Sé quién coge la fruta que su madre les mete en la mochila y la tira en la papelera en cuanto sale al recreo. Sé quién intercambia cromos en clase y quién trae spinners aunque estén prohibidos. Quién termina los deberes a última hora, cuando la clase ya ha empezado. Quién lee y quién no. A veces me entero incluso de cosas que no saben ellos. Sé antes que ellos mismos quién se está enamorando de quién, por la manera en que espía cada uno de sus movimientos, por cómo se sonroja cuando hablan.

Y quizá sé todo esto precisamente porque los niños piensan que yo soy un poco bobo. Que soy el profesor bonachón al que se le puede tomar el pelo. Que no oigo bien, no veo bien, soy torpe y se me caen las cosas como si mis manos fueran de trapo. Ellos se confían, se abren, actúan casi como si yo no estuviera presente.

Juego a una cosa en los exámenes: subo el volumen de mi audífono con disimulo. De pronto oigo, como si estuvieran a mi lado, los susurros de los que soplan las respuestas a los compañeros. “Tajo, Ebro, Guadalquivir. Guadalquivir con uve”. “Octógono, hexágono”. “Cuarenta y dos”. Me divierte la urgencia con la que tratan de ayudar a un amigo en apuros; me enternece un poco. Les dejo que soplen las tres o cuatro primeras respuestas porque creo hermoso que se ayuden entre ellos en lugar de competir, como parece que la sociedad les exige. No considero

que ser solidarios nos haga más débiles como sociedad. Pero luego carraspeo y digo:

- Los exámenes se hacen en silencio, chicos. El que hable está suspendido.

Porque una cosa es tener la manga ancha y otra que sirva lo mismo estudiar que no. Si no logramos que los exámenes sean justos en esencia, estaríamos dando una pobre enseñanza a los niños.

Desde ese momento los susurros se acaban en el aula y el examen sigue su curso.

El que más soplaba era siempre Rubén, un chico de cuerpo delicado que sacaba un sobresaliente tras otro. En los exámenes no se cubría con el codo para que nadie le copiara (también los hay de esos), sino que intentaba ayudar a los que habían estudiado menos o les costaba más memorizar.

Era un niño bastante popular.

Estaba locamente enamorado de Gloria, enamorado como sólo pueden estar los niños de doce años, sin reservas, enamorado cada minuto del día. Los niños se enamoran de una manera obsesiva, mucho más profundamente que los adultos. Los amores no correspondidos son mucho más dolorosos, pero cuando aparece la felicidad es más embriagadora, porque es completa, absoluta, sin un solo pero.

Rubén estaba enamorado de Gloria y se quedaba embobado mirándola. Pero no se atrevía a decirle nada. Se ahogaba en su timidez y en el miedo a que ella lo rechazara.

Yo creo que ella le habría dicho que sí. No podría asegurarlo por completo, pero creo que sí. Porque cuando estaban juntos se reían, y cuando Gloria llegaba a clase buscaba con la mirada a Rubén, y cuando les daban las notas de los exámenes al primero al que le decía que había aprobado era a Rubén.

También fue ella la que más triste se puso cuando Rubén cayó enfermo y dejó de venir a clase. Gloria no comprendía bien del todo qué era la leucemia. Sí sabía que era una enfermedad grave.

Los niños piensan que soy un poco bobo, pero yo sé que hablaban de la leucemia en corrillos, intentando entenderla, comprender por qué precisamente Rubén era el que había enfermado y no cualquier otro. No tenían más éxito que los adultos en esa tarea. Luego la olvidaban por un rato, o dos ratos, hasta que algo les recordaba que Rubén no estaba en clase, y se quedaban en silencio, un silencio grave y apesadumbrado, pesado, que hace que los niños envejezcan varios años de golpe.

Fueron unos meses extraños.

Rubén volvió por sorpresa unos días antes del examen de Lengua. Sus padres me dijeron que estaba mejor y quería reincorporarse cuanto antes. Había insistido en ir a examinarse. Se le veía débil, muy frágil. Ya no tenía pelo a causa de la quimioterapia, y cuando sonreía a Gloria se le marcaban unas arrugas junto a la boca que le daban aire de viejo o de niño de posguerra. En el recreo no corría, porque se cansaba enseguida.

Muchos niños evitaban mirarlo, porque tenía un aspecto perturbador, pero Gloria le dio un abrazo al llegar y le dijo que lo había echado de menos.

Rubén contestó que él también la había echado mucho de menos. No le pidió que fuera su novia. Yo creo que ella le habría dicho que sí. No por lástima, sino porque sí le habría apetecido ser su novia. Pero Rubén no se atrevió, aunque estaba más enamorado que nunca, y los ojos le relucían cada vez que miraba a Gloria. Creí que aquello sería bueno para su recuperación.

Le sopló las preguntas tres y cinco a Gloria antes de que yo chistara y dijera:

- Los exámenes se hacen en silencio, chicos. El que hable está suspendido.

No sopló nada más.

Él sacó un sobresaliente. Gloria, un aprobado raspado.

Ese fue el último examen que hizo Rubén.

Los niños le hicieron un pequeño e improvisado altar cuando recibieron la inesperada noticia. Para los niños las noticias terribles son siempre inesperadas. Muchas veces los adultos llevamos tiempo temiéndolas. Depositaron flores en su pupitre, arrancadas de matojos que crecían en el camino al colegio. Margaritas silvestres, alguna amapola, hasta algún cardo de flor violeta. Dejaron notas de caligrafías desmañadas con lo que pensaban de Rubén, deseándole suerte, diciéndole que nunca lo olvidarían.

Algunos lloraron mientras guardábamos un emocionante minuto de silencio en clase. No me avergüenza confesar que yo fui uno de ellos.

Pasaron los días, las semanas. Los niños dejaron de hablar de Rubén a todas horas. Jugaban a vikingos, usaban los spinners para volvernos locos, perseguían una pelota sin ningún orden. En el rincón del altar hacía días que no había flores nuevas para Rubén.

Llegó el día de otro examen. Repartí los folios con las preguntas. Di comienzo al examen. Me senté detrás de la mesa y subí el volumen de mi audífono. Un bisbiseo al fondo, que permití unos segundos antes de chistar.

Y luego una voz que murmuraba, que dictaba dos, tres, cuatro ríos de gran caudal en España. Tajo, Ebro, Guadalquivir. Guadalquivir con uve.

Levanté la vista y tragué saliva. No podía ser. Nadie estaba hablando, a nadie veía hablar. Pero Gloria miraba al infinito como si estuviera escuchando algo y luego se puso a escribir. En el pupitre de al lado estaba Juan Carlos; él no podía haberle soplado esa respuesta porque

no sabía ni qué era un río. Al otro lado estaba Sara. No podía ser ella tampoco, porque era una voz de chico, estaba seguro de eso.

Subí un poco más el volumen de mi audífono.

Y de pronto el susurro de Rubén, la inconfundible voz de Rubén de nuevo, como hacía apenas unos segundos me había parecido. Esta vez sin duda. La voz de Rubén que decía:

- El Aneto, el Mulhacén. El Mulhacén con hache intercalada.

Sentí un vértigo que me descompuso el rostro, como si estuviera a punto de desmayarme. Era él, era su voz de niño, había vuelto durante algunos segundos. Soplabla las respuestas como hacía siempre, y Gloria sonreía discretamente y escribía en su folio. Le brillaban los ojos.

Poco a poco, el resto de los niños se quedaron pensando, mirando a las musarañas, como escuchando, y luego empezaron a escribir en sus folios. El Aneto, el Mulhacén. Con hache intercalada. El Ebro, el Guadalquivir, el Guadiana, el Duero, el Miño, el Tajo. Y a todos les parecía lo más normal del mundo, un suceso cotidiano, mucho más normal que perder a un compañero por enfermar de leucemia.

Escuché las respuestas susurradas durante algunos segundos más. Me gustaba oír de nuevo la voz de Rubén, recordarle de aquella manera inusual, que volviera a estar en clase aunque fuera de esa forma. Pero yo tenía que hacer algo. Iba a decir, a pesar de todo:

- Los exámenes se hacen en silencio, chicos. El que hable está suspendido.

A decirlo al aire, como si alguien estuviera hablando de verdad, como si alguno de aquellos niños estuviera soplando las respuestas a algún compañero. Pero no lo hice. No me atreví a romper el hechizo. No pasa nada si un examen no es todo lo justo que debe ser. No pasa nada si los niños siguen pensando que soy un poco bobo, que no me entero de nada, que se me puede engañar.

Y seguí escuchando la voz de Rubén revelando la respuesta correcta a cada pregunta, y escuché su risa entrecortada, y disfruté de cada palabra que decía, hasta que finalmente le oí carraspear, como ganando confianza, y susurrarle a Gloria:

- ¿Quieres ser mi novia?

Y hubo un momento de silencio absoluto, en el que no se oía ni una mosca, ni un suspiro. Y no sé si esos segundos de silencio fueron para Rubén tan eternos como lo fueron para mí.

Gloria le acabó diciendo que sí.

Bajé el volumen de mi audífono. Hay conversaciones tan íntimas entre niños, tan delicadas, que no conviene que un profesor las escuche. No pasa nada porque los niños piensen que eres un poco bobo, que no te enteras de nada, que no comprenderás cómo es posible que en un examen todos saquen sobresaliente.

Jose Antonio Palomares Blázquez
Nota Bio-Bibliográfica:

Nace en Madrid en 1.974, es director creativo en una agencia de publicidad. Ha conseguido múltiples premios en su profesión, entre los que se pueden destacar un león de oro en Cannes (en publicidad aproximadamente lo mismo que ganar un Óscar) y varios soles de oro en San Sebastián (similar a obtener varios Goyas).

Ha obtenido diversos premios literarios; algunos de ellos son el XVII Premio de Novela Corta Ciudad de Algeciras, el XII Premio de Novela Corta Castillo Puche, el XIII Premio de Narrativa Viña Alta Río-Café Bretón o el VII Premio Gerald Brenan.

Ha publicado novelas cortas *El alma del pupitre de al lado* (Fundación J.L. Cano), *El cornezuelo de cola azul* (Hécula) y *Las cifras mandan, Balboa* (Hécula), y el libro de relatos *Ver las estrella* (AMG Editor).

En 2006, además, obtuvo el Premio de Narrativa Joven de la Fundación Complutense con su novela *Me llaman Fuco Lois* (Editorial EDAF).

Su última novela es *Toda la verdad sobre las mentiras* (Plaza Janés)

“HÁGASE TU VOLUNTAD”

Autora: Susana García López

ÁNGELA

Que no sea él, que no sea él. Y a lo lejos la voz de alguien diciéndole, te llevo yo; voy a por mi bolso, no tardo ni un segundo. Pero ella ya vuela escaleras abajo, de dos en dos y de tres en tres, porque el maldito ascensor, como siempre, nunca está en el mismo rellano. Y solo cuando arranca el coche y ve sus manos temblando sobre el volante piensa si no hubiera sido más prudente dejar que su compañera la llevara. Para entonces ya ha avanzado doscientos metros. Respira hondo, intenta serenarse y repite una, dos, tres y mil veces, que no sea él, que no sea él. Mi hijo, no. Le sobresalta el teléfono que activa desde el volante. En el panel de mandos lee ANDRÉS, su ex marido:

- ¡Ángela! Acabo de escuchar tu mensaje, por Dios ¿Qué ha pasado?

- Lo que te he dicho. No sé más. Hoy hacía ruta con la moto, iba con Jaime y una furgoneta los ha arrollado. Uno tiene fracturas por todas partes, en el fémur, las dos muñecas, pero el otro... el otro está muy mal, al otro le han inducido al coma, tiene muerte cerebral. Están esperando a que lleguen los familiares directos.

- Pero, a ver ¿quién es el que está en coma? ¿quién? ¿es Alex? Dímelo.

- ¡No lo sé!

- Ángela, por favor...

- ¡Te he dicho que no lo sé! grita Ángela. Y se hace un silencio en la conversación y ella sabe que él está llorando así que, con calma, le vuelve a explicar otra vez lo que le han dicho - No lo saben, Andrés. Por las contusiones que tienen los dos en la cara, no se atreven a decir nombres, no saben quién es quién. Tenemos que reconocerles nosotros.

- Joder, Ángela ¿no será Alex, verdad?

- No, no, no. No puede ser él. Alex tiene solo veintidós años. No puede ser él.

- Jaime también tiene veintidós...

- ¡Alex no! Alex es mi hijo.

- ¿Has hablado con Julia?

- No. No he hablado con Julia. No quiero hablar con ella. Solo quiero llegar al hospital.

Tras finalizar la llamada, Ángela comienza a recitar «*Padre Nuestro, que estás en los cielos, santificado...*» pero cuando llega a la mitad de la oración duda, sabe que ha cambiado pero no recuerda cómo sigue y piensa horrorizada que como no consiga decir el Padre Nuestro correcto, será su hijo el que esté en coma. Y se enfada y considera que es injusto que la vida de Alex dependa de que ella se sepa, o no, la última versión del Padre Nuestro. Que su hijo es un buen hijo, que su hijo es demasiado joven, y que su hijo no puede morir así, sin más, dejándola sola en esta mierda de mundo. Y maldice el Padre Nuestro, y en seguida se arrepiente porque supone que eso es una blasfemia ante los ojos de Dios y que lo está empeorando y que se está ganando a pulso que sea su hijo el que peor suerte corra. Y en un momento de lucidez, se dice que no es creyente, que nunca lo ha sido y que, si tiene que maldecir a alguien, debe ser a la puta borracha que se ha llevado por delante a su hijo, a su único hijo. Y grita. Desea con todo el dolor de su corazón que sea el otro, que sea Jaime, el que esté en coma. Ángela golpea el volante mientras conduce, el otro, piensa impotente, también es un crío, joder. Y vuelve a gritar. Es lo único que hace porque no le sale ni una puñetera lágrima, hasta que ve el semáforo en rojo y entonces frena con brusquedad. Aferrada al volante mira a través de la ventanilla. En un parque contiguo a la carretera, ve a un niño de rizos, de unos ocho o nueve años que juega a dar toques con un balón sin tocar el suelo. Eso lo hacía Alex cuando era pequeño. Hubo una época en que no paraba de hacerlo «*Mira, mira mamá*» le decía Alex, y contaba, «*un toque, dos toques, tres toques...*» Ángela no se da cuenta de que el semáforo ha cambiado a verde hasta

que el de atrás le toca el claxon para que reanude la marcha. En los pocos segundos que tarda en reaccionar, una moto le adelanta por la derecha, no corras, no corras tanto, hijo. Y, mientras avanza hasta meter segunda, ve por su lado izquierdo a Alex de pequeño, al que se le ha caído el balón y corre tras él por el césped hasta desaparecer de su vista. Apenas a unos kilómetros del hospital, comienza a recitar *Dios te salve María, llena eres de gracia...* ¡Esa! Esa sí me la sé, se dice esperanzada.

- Esa sí me la sé.

Y continúa recitando la oración con una sonrisa siniestra.

JULIA

Julia le roba un cigarrillo a su marido y se lo enciende. Exhala el humo demasiado rápido y demasiado fuerte y de inmediato le viene una arcada que le hace vomitarse en la mano. El primer cigarro en cuatro años. Jorge pone las luces de emergencia, alza la vista hacia el retrovisor y despacio aparca en el margen derecho de la carretera. Coloca la palanca de marchas en punto muerto y echa el freno de mano. Ya parados, baja la ventanilla de Julia:

- No, pero ¿qué haces? No pares, sigue, si da igual.

- Solo un momento. Que te dé el aire. Te sentará bien.

Jorge abre la guantera y saca unos *kleenex*. Coge uno del paquete y se lo da a Julia. Coge otro y le ayuda a limpiarse la mano y la manga de la blusa.

- Vale. Ya me limpio yo, tú conduce.

Jorge no deja de sacar *kleenex* del paquete. Toma otro, lo arruga y se lo pasa por sus propias manos impolutas. Otro más y limpia los pliegues del bolso de Julia.

- Pero Jorge, por favor, arranca ya. Vámonos. Arranca de una vez.

Quiero ver a mi niño.

Pero él ni la mira, y coge otro pañuelo y empieza a limpiar la pantalla del navegador, las rendijas de ventilación, el panel de la radio... El *kleenex* se le escurre y sigue limpiando con la mano, que ahora está sudada por lo que deja un borrón mojado sobre la superficie negra del salpicadero. Julia sigue mareada, apenas tiene fuerzas para gritar a su marido, qué coño hace, y se da por vencida. Solo necesito unos segundos, se dice abatida, y se recuesta en el asiento y reconoce que estamparía la cabeza de Jorge contra el salpicadero que tanto se empeña en limpiar. Que lo tendría que haber hecho el día que le compró a Jaime la primera moto, de 125, cuando aprobó la selectividad. Tenía que haberle estampado la cabeza cuando le compró la otra, la Honda CB, al aprobar todas las asignaturas del primer año de carrera. Qué necesidad había, con lo peligrosas que son las motos. Eso es lo único que pudo decir entonces. Y fue lo que repitió una y otra vez el día en que Jorge le compró a su niño la moto grande, la BMW.

Le aterraba que se cayera de la moto y se lo decía cada mañana, cuando le veía entrar por la cocina con el casco en la mano. Y ella, no corras, ten cuidado, coge mejor el coche que seguramente llueva, llámame cuando llegues. Y su marido, no dramatices, mujer. Y su hija, qué pesada, mamá, todos los días con la misma cantinela. Y Jaime, que era el único que no la reprendía, le daba un beso, le estiraba del cinturón de la bata hasta deshacer el nudo y salía por la puerta. Julia le observaba desde la ventana, mientras bebía un café ya frío. Primero oía la puerta automática del garaje elevarse, luego el motor al arrancar. Acto seguido, le veía salir despacio y por último, veía como su hijo se alejaba por la calle hasta desaparecer. Maldita moto, sentenciaba, mientras se ajustaba el cinturón de la bata y colocaba la taza medio llena en la pila del fregadero, junto al resto de los cacharros del desayuno.

Nunca entendió que le gustaran tanto las motos. Nunca. Su hijo no era de esos. Jaime era de otra pasta. Le costaba asociar al hijo con el que escuchaba una y otra vez la sinfonía número 5 de Mahler, con el hijo que se colgaba al teléfono durante horas con Alex, el hijo de Ángela, hablando sobre motos y potencia de motores. Y Julia piensa si no estaría

demasiado influenciado por Alex. Desde bien pequeño, le imitaba en todo. Y ahora igual, hasta llevaba el mismo corte de pelo. Era una mezcla de admiración, amistad y... no sabría bien como definirlo, o quizá sí.

Y vuelven las náuseas otra vez, pero las controla. Se despega del asiento sobresaltada y se enfada por pensar en su hijo en pasado, como si ya no existiera, como si fuera Jaime el que está en coma, así que se concentra en apostar por Alex. Que sea Alex el que esté muerto y, aunque se da cuenta de lo terrible que es desear algo así, lo sigue haciendo y es cuando se dirige a Jorge y mirándole con odio infinito le grita:

- Esa moto era demasiado grande, ¡te lo dije!

Jorge tiene la cabeza apoyada en el volante. Moquea y solloza a la vez, como un niño que lucha por no dormirse cuando está muerto de cansancio. Julia no sabe cuánto tiempo lleva así.

ÁNGELA

Andrés llama por teléfono a Ángela para que le espere en la entrada del hospital, que está a punto de llegar, pero Ángela no lo hace. Ella ya ha aparcado y no puede quedarse quieta y simplemente... esperar. Deberíamos entrar los dos juntos, le ha insistido Andrés. Los dos juntos. ¡Cuánto tiempo llevaba sin escuchar esa frase! Ángela le quiere decir que le lleva esperando desde que se fue de casa y que no está dispuesta a esperarlo ni un segundo más. Y mientras se aleja del coche hacia el primer edificio del hospital, desearía golpearle la cara y hacerle daño por haberse ido o por llegar demasiado tarde. Ha entrado por la puerta equivocada, pero le da igual, llegará. En poco tiempo, estará con su hijo. ¡Qué ganas de abrazarle! Es lo único que le importa. Su hijo es el que está vivo, y es lo que se repite una y otra vez, mientras sigue las flechas del cartel blanco y rojo que señalan el camino hacia la UCI. En el último tramo, recorre un pasillo que huele a desinfectante, luego tuerce a la derecha, gira a la izquierda y pierde el cartel. Desanda los últimos pasos hasta que retoma la dirección correcta que finalmente le hace llegar sin resuello. Se para a tomar aire. Solo le queda atravesar las dos puertas azules que le ha indicado el médico que le llamó esta mañana.

JULIA

Jorge ha conseguido llegar hasta la puerta de urgencias del hospital, pero una vez que ha parado el coche, es incapaz de moverse. Está paralizado. Ni suelta el volante ni parece que escuche nada ni a nadie. Julia, le implora, le llora, le suplica, pero no hay forma de hacerle reaccionar y las ambulancias comienzan a rodearlos. Los sanitarios le increpan que retire el vehículo cuanto antes y toda la situación está orquestada por el ruido de las sirenas, que para nada se parece a Mahler, y de las ruedas de las camillas destartaladas que entran y salen del edificio. Julia ve a dos policías que se aproximan al coche, mira suplicante a Jorge por última vez y, al no obtener respuesta, se libera del cinturón, abre la puerta y sale disparada. Sorteando a los policías como puede y camina rápido hacia las puertas azules que están al fondo del pasillo. No es mi hijo, va diciendo, no es el que está muerto. Mi hijo se llama Jaime y está vivo. Junto a las puertas, hay un hombre vestido de verde que, adivina, debe ser el mismo médico que le ha llamado por la mañana. Hay dos personas más, un celador fornido y una enfermera muy joven que no debe de tener más de veinte años.

ÁNGELA Y JULIA

Ángela está muy cerca pero aún no ha recuperado el aliento. Las piernas no le responden, las siente blandas. Va a caerse, y si no se cae, será ese mordisco que aprieta en el estómago lo que acabe con ella, porque cree firmemente que no es capaz de enfrentarse a ese hombre vestido de verde que está apenas a unos metros.

Mientras sigue acercándose, Julia cree no poder conservar la cordura por mucho más tiempo si es que no la ha perdido ya porque se imagina gritando frente a esas puertas azules, quitándose la ropa porque se asfixia, hasta quedarse desnuda y taparse los oídos, para que no le estallen. Pero de repente, alguien la retiene por detrás y piensa que finalmente Jorge la ha alcanzado e intenta zafarse con todas sus fuerzas.

Al darse la vuelta, se enfrenta cara a cara con Ángela.

Las dos mujeres se escudriñan, viendo más allá de dos caras con diez años más que cuando se despertaron esta mañana. A lo largo de los años se han visto muchas, muchas veces pero solo ahora se reconocen en los ojos de la otra. Y ven las puertas azules, y al médico que cambia de postura para dirigirse a ellas, ladeando un poco la cabeza, arrugando el ceño y apretando los labios. A su lado, la enfermera jovencísima con cara de ratón asustado y sobresaliendo por detrás de los dos y, abarcando casi todo el ancho del pasillo, el celador que camina arrastrando los pies, como una apisonadora que va a paso lento pero sin parada.

Julia y Ángela se abrazan con fuerza.

Andrés y Jorge siguen el cartel blanco y rojo de las UCI dando grandes zancadas. Los dos hombres caminan a la par, chocando brazo con brazo continuamente. Presienten que están cerca y justo en ese momento, reconocen al final de un largo pasillo que da a unas puertas azules, a Ángela y a Julia con tres personas más.

El grito más aterrador que hayan escuchado, el grito que jamás olvidarán en lo que les queda de vida, les hace parar en seco.

Susana García López
Nota Bio-Bibliográfica:

Nace en Madrid en 1.972.

Es divorciada y tiene tres pasiones: sus dos hijos, Candela y Guillermo y la Escritura.

Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Alcalá de Henares de Madrid.

Licenciada en Filología Inglesa por la Universidad Autónoma de Madrid.

Completó sus estudios en Pisa (Beca Erasmus) y Londres.

Desde 2007, Alumna de la Escuela de Escritores de Madrid colaborando en:

2011 *Al encuentro de Todo*, Antología de Cuentos, Varios Autores.

2013 *Es raro olvidarlo todo*, Varios Autores.

2016 *Cicatrices a las Once*, primer libro de relatos en solitario. Editorial Talentura.

“EL CHICHÓN DE LA LUNA”

Autora: Concha Fernández González

Aquiles dormía agarrado a su mantita. A pesar de que su madre decía que ya era mayor, él no había querido renunciar a la manta de su cuna, que estaba ya pasada de tanto lavarla y descolorida por el uso. Así que todo era adecuado para que Aquiles se sintiese feliz en el mundo de los sueños, pero un ruido fuerte y extraño vino a despertarle. Al principio creyó que algún animal salvaje se había metido en su habitación. Luego, un poco más espabilado, identificó aquel sonido con el ronquido de su padre. Se levantó de puntillas y fue despacito hasta la habitación donde dormía. Sin embargo comprobó que allí nadie roncaba y el ruido continuaba. Como tenía buen oído, que por algo su tía Eduvigis le había obligado a estudiar solfeo, creyó que lo mejor sería seguir el sonido para ver de dónde venía. Descubrió que procedía de la ventana de la habitación que estaba abierta. Se asomó, y notó que el sonido venía del cielo. Una luna redonda, blanca y con cara de felicidad dormía tranquilamente. Tanto, que emitía unos enormes ronquidos.

- ¡Luna, despierta, estás roncando! -le gritó Aquiles.

- ¿Quién osa perturbar mi sueño? -dijo la luna enfadada.

- Pues yo, estás roncando.

- Las lunas no roncan, como mucho respiran un poco más fuerte que el resto de los satélites.

- Bueno, pues por favor, respira más despacito que no me dejas dormir.

Dicho esto agarró de nuevo su mantita y se metió en la cama. Como los niños tienen el sueño fácil se durmió rápidamente, la luna también.

No habría pasado ni una hora cuando de nuevo, un ronquido sobresaltó al bueno de Aquiles.

-¿Otra vez? -exclamó ahora enfadado.

Salió a la ventana y allí seguía la luna, hinchando los mofletes cada vez que emitía un nuevo ronquido.

- ¡Lunaaaaa, luna!, despierta.

La luna tenía el sueño pesado y no le oía. Gritó dos, tres veces más, pero como la luna no se enteraba decidió tirarle algo. Buscó algún objeto por la habitación y descubrió el balón de fútbol. Aquiles tenía un buen disparo, al menos eso decían sus compañeros de equipo, así que no lo pensó más y, reuniendo todas sus fuerzas, chutó. El balón fue a darle a la luna en plena frente. Se despertó sobresaltada gritando:

-¡Alarma, alarma, lluvia de meteoritos!

Aquiles se echó a reír.

- Que no luna, que he sido yo, te he dado con un balón.

- ¿Tú otra vez? Me has hecho daño.

- Perdona, sólo quería despertarte. Roncabas tan fuerte y estabas tan dormida que no me oías.

- ¿Has olvidado que las lunas no roncamos?

- No sé las otras, pero tú, desde luego, sí roncas.

- Eres un descarado.

- Y tú una luna roncadora que no lo quiere reconocer.

De pronto Aquiles se dio cuenta de que a la luna le había salido un chichón. Le preocupó. Todo el mundo lo advertiría si miraba al cielo y además seguro que la luna se enfadaba con él si se enteraba.

- ¿Te miras al espejo? - preguntó.

- ¿Por qué me haces esa pregunta? -le contestó desconfiada.

- Por nada, por saberlo.

- No te interesa. Basta ya de charlas. Me voy a tener que ir a dormir a otro lado. Los 20 grados de latitud norte y los 37 de longitud sur me sientan fatal. Siempre me encuentro con alguien que me hace la vida imposible.

- Ja, ja, ja, mi señorita de matemáticas también dice lo de la “vida imposible”.

- ¿Es que también duerme en los 20 grados de latitud norte?

- No, no, ella lo dice por otro motivo.

- ¡Uhhmm!, me duele la frente ¿tengo algo en ella?

- Bueno luna, la verdad es que tienes un chichón.

- ¿Un chichón? ¡Repámanos! Ahora tendrán que rehacer los mapas lunares. ¿Es grande?

- Es... bueno, un poco grande sí es, pero te sienta muy bien -dijo Aquiles intentando quitarle importancia.

La luna bostezó.

- Oye luna, como los dos nos hemos desvelado podrías llevarme un ratito allí arriba y enseñarme tu mundo -dijo Aquiles.

- Ni hablar -contestó la luna- los humanos sólo me dais problemas. Estoy llena de agujeros de las rocas que me habéis arrancado para llevarlas a la tierra y analizarlas. Todavía me duele de vez en cuando la parte oriental del peso de los cohetes que han alunizado en ella y, afortunadamente, el viento sideral me borró las profundas huellas que había dejado sobre mi superficie un vehículo espacial con humanos que

saltaban sobre mí sin ninguna consideración. No, no y mil veces no. A dormir y déjame que me voy a marchar a otra latitud.

Aquiles pensó un momento en cómo podría convencerla y, al fin, tuvo una idea.

- Bueno, al menos, antes de irte déjame que te dé un poco de pomada en el chichón. Mamá tiene en el armario del baño una estupenda que huele a menta y que es buena para los golpes. Si me dejas dártela, mañana ya no tendrás ni rastro del chichón.

La luna se tocó la frente con un rayo de luna que le servía de dedo y, al notarla abultada, pensó que por darse aquel ungüento tampoco perdería nada. Además, una luna con chichón imponía poco respeto y perdía imagen.

- Está bien, te mandaré un haz de luz lunar. Cuando tengas la pomada te subes a él y yo te traeré aquí arriba.

Aquiles corrió al armario y cogió la pomada. Después se apresuró a la ventana, no fuera a ser que la luna se arrepintiera. Pero no, allí estaba el haz de luz que le había prometido. Cogió su mantita, apretó el tubo de pomada y se subió. Se quedó suspendido sobre él y, en un momento, ¡zasssss!, atravesó el espacio, contemplo de cerca las estrellas, divisó algún satélite espacial de esos que su padre decía que eran satélites espías y, cuando se quiso dar cuenta, estaba sobre una tierra rojiza encima de un moflete de la luna.

Aquiles se quedó un rato sentado en el suelo mirando aquel mar de arena que le rodeaba, contemplando el cielo que veía todos los días, pero más de cerca. Le gustó. De repente, pasó un objeto volando por encima de su cabeza y desapareció.

- ¿Qué ha sido eso? -le preguntó a la luna.

- Un cuerpo astral -contestó ésta.

- ¿A dónde va? -dijo de nuevo Aquiles.

- Quién sabe -respondió con despreocupación la luna- son unos antipáticos, no se hablan con nadie y siempre tienen prisa.

Otro objeto pasó de nuevo rozando las piernas de Aquiles.

- ¡Jolín!, van a acabar golpeándome -exclamó enfadado éste.

- No importa, como has traído tu maravillosa pomada la compartiremos -dijo la luna con malicia.

- Estoy empezando a pensar que eres peligrosa.

- Casi tanto como los niños que disparan balones al cielo.

Aquiles no supo qué responder, así que disimuló como pudo y se puso a otear el horizonte. De repente vio venir a otro de aquellos objetos que se acercaban rápidamente. Al pasar por su lado, se subió a él de un salto. Avanzó unos cuantos kilómetros y, cuando calculó que ya debía de estar cerca de la frente de la luna, se dejó caer de nuevo. Aterrizó en un profundo cráter donde no se veía nada.

- ¿Qué ha pasado? -gritó asustado- ¿dónde estoy?

- No chilles que estás dentro de mi oído -dijo la luna.

- Creo que el cuerpo astral al que me he subido no iba en la dirección adecuada -se lamentó el niño-. No sé cómo voy a salir de aquí -se quejó.

La luna se inclinó hacia la derecha -que era el oído en el que estaba Aquiles- y se agitó. Aquiles, como consecuencia de este movimiento, cayó al vacío.

- ¡Que me caigoooooo!

La luna le lanzó un haz de luz para sujetarle en su caída, pero antes de que pudiera alcanzarle pasó un satélite espacial que enganchó la mantita de Aquiles -a la que seguía agarrado- y lo arrastró en otra dirección.

- ¡Cáspita!, -exclamó la luna.

- ¡Jolines! .exclamó Aquiles.

Ambos comprobaron con preocupación que se alejaban el uno del otro sin poder hacer nada por impedirlo. La luna cada vez se veía más pequeña y, sin embargo, había otros planetas y estrellas que se aproximaban. Aquiles sujetaba su mantita enganchada con una mano y con la otra la pomada y viajaba por el espacio como un astro cualquiera con su pijama lleno de gatitos.

Se puso a pensar en lo que decía su padre de aquellos satélites -que según él les espiaban- y recordó que daban vueltas alrededor de la tierra. Esto le tranquilizó pues pensó que, en algún momento, volvería a pasar al lado de la luna y quizá pudiera apearse en ella. Después, por entretenerse, le dio por pensar que, a lo mejor, el satélite al que estaba enganchado era uno de telecomunicaciones y que, seguramente, por su culpa, habría interferencias que impedirían la comunicación entre los diferentes continentes, o puede que fuese meteorológico y que al día siguiente le llegasen imágenes erróneas al hombre del tiempo y se equivocase al pronosticar las lluvias. “En fin -pensó- espero que, al menos no me fotografien pues, si no, mamá, se enfadará conmigo por viajar a tanta velocidad sin llevar bufanda”.

Una estrella fugaz apareció de repente, avanzó a su derecha durante algún tiempo y desapareció dejando una estela rojiza.

- ¡Jolín!, qué bonito es esto -exclamó Aquiles- es como ir al planetario, pero de verdad. Se lo tengo que contar a don Crispulo al que le gusta tanto la astronomía.

Don Crispulo era un vecino de Aquiles que tenía un gran telescopio en su terraza y se pasaba las noches de verano contemplando el firmamento. Alguna vez había dejado mirar a Aquiles mientras le hablaba de un tal Copérnico. Aquiles, al principio, creía que Copérnico era un amigo de don Crispulo, pero después se enteró de que no, que era un señor que quinientos años atrás ya miraba por un telescopio como don Crispulo contemplando el cielo.

Y acababa de pensar en la luna cuando se dio cuenta de que ya la veía de nuevo al fondo del espacio, muy chiquitita, como si fuera una pelota de tenis. En seguida pasó a parecer un balón de fútbol y, poco después, un globo aerostático. Cuando se quiso dar cuenta estaba encima de ella. Tenía un cutis horrible.

Se empezó a preparar para dejarse caer en cuanto se acercara. Cuando creyó que era el momento, se soltó de la manta. La manta siguió enganchada en el satélite y Aquiles cayó al vacío a una gran velocidad.

- ¡Lunaaaa! -gritó- lunaaaa, que voy.

A la luna, que estaba despistada, no le dio tiempo a reaccionar y Aquiles aterrizó entre sus pestañas con gran disgusto de ésta que acababa de echarse un colirio porque se le había metido polvo cósmico en el ojo.

- Me alegro de estar aquí de nuevo -dijo Aquiles.

- Pues yo no sé qué decirte -le respondió la luna-, dame la pomada esa de una vez y vete a dormir. Falta poco para que amanezca y yo tengo que ir a hacer mis cosas.

Aquiles se acercó al chichón y empezó a extender sobre él la pomada. Olía a menta y estaba fresquita, así que la luna sintió alivio en seguida.

- ¡Uhhmmmm!, qué agradable -dijo.

Cuando Aquiles terminó, el tubo de pomada estaba vacío.

- Por cierto, ¿sabes luna?, tienes un cutis fatal. Estás llena de agujeros. Menos mal que desde la tierra no se te nota, pero cuando iba en el satélite me he dado cuenta.

- Eres un grosero Aquiles -dijo la luna malhumorada.

- No, ¡qué va!, estaba pensando que mi madre tiene una crema que se da todas las noches y, si quieres, yo puedo volver a subir mañana y dártela a ti -le propuso Aquiles esperanzado.

- ¡Ni hablar!, ya me has producido hoy bastantes sobresaltos. Sube al rayo de luna que te bajo.

- He perdido mi mantita -recordó Aquiles.

- Y yo, ¿qué culpa tengo? -dijo la luna.

- Si la encuentras ¿querrías devolvérmela?

- ¡Claro!, ¡venga!, sube al haz de luz que viene el sol empujándome. He perdido toda la noche contigo sin poder dormir y voy a tener unas ojeras horribles.

Aquiles obedeció. En un momento atravesó el espacio, se cruzó con estrellas, satélites y cometas y apareció en su habitación. Se bajó del rayo de luna y dijo:

- Bueno, pues... adiós ¿no?

- Sí.

- ¿De veras no quieres la crema de belleza?, también tiene una para las ojeras.

- No.

- ¿Vendrás aquí a dormir alguna noche? -preguntó preocupado.

- ¡Uhmhhh!, lo pensaré, pero tienes que prometerme que no vas a tirarme más balones para despertarme. ¡Venga!, a dormir.

- No puedo sin mi mantita.

- Sí puedes, me quedaré contigo hasta que te duermas, ¿vale?

Aquiles se metió en la cama y cerró los ojos. Antes de dormirse notó sobre su frente la caricia de un rayo de luna.

Concha Fernández González

Nota Bio-Bibliográfica:

Nace en Ciudad Rodrigo (Salamanca). Cursa estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Autónoma de Madrid y de Creación Literaria en la Escuela de Letras. Actualmente trabaja como colaboradora de la editorial LITERAUDIO para la que ha desarrollado y escrito una colección de cuentos infantiles bajo el nombre de MUSICOLANDIA.

Sus inquietudes literarias le han proporcionado más de ciento veinte premios. Caben destacar entre ellos el “Ciudad de Irún”, “Manuel Díaz Luis” y “Café Breton” de novela y el “Villa de Mazarrón-Antonio Segado Olmo”, “Ciudad de Tudela”, “Alfonso Martínez Mena”, “Ciudad de Marbella”, “Ciudad de Torremolinos”, “La Rebotica”, “Leopoldo Alas Clarín”, “Ciudad de Vinarós”, “Aller”, “Vida y Salud”, “Ciudad de Leganés”, “Villa de San Esteban de Gormaz”, “Los Cuentos de la Granja” y “Paraules d’Adriana” de relato corto.

Así mismo ha publicado las novelas tituladas “*El último chachachá*”, “*Lo que queda del camino*” y “*Al otro lado del tabique*” y un centenar de relatos en volúmenes conjuntos.





FUNDACIÓN “JOSÉ BANÚS Y PILAR CALVO”

Avda. Playas del Duque, Edificio Córdoba. Local 2
29660 Marbella (Málaga)

Telf. 952 81 15 69- Fax 952 90 74 62

www.fundacionbanus.com

info@fundacionbanus.com